

Ana María del Río: Oxido de Carmen

Por Ana María Larraín

(Ana María del Río: *Oxido de Carmen*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986.)

TAL vez muchos se sorprendan ante la rápida —y exitosa— carrera literaria llevada adelante por la autora de esta novela corta, Premio María Luisa Bombal, 1986. En efecto, la figura de Ana María del Río ha venido apareciendo con insistencia entre los narradores más promisorios de una nueva generación, constituyéndose, desde luego, en la más destacada pluma femenina de la misma. Su primer libro (*Entrepárentesis*, un variado conjunto de cuentos publicado en 1985) delataba en ella la posesión, al parecer definitiva, de un estilo propio en que la ironía, la concisión y una capacidad metafórica poco común se constituían en las mejores armas para conformar su universo narrativo, ciertamente, de una innegable originalidad. Pues bien, siendo ésta su primera incursión en el género novelístico —y habiéndose hecho merecedora al importante reconocimiento que otorga la Municipalidad de Viña del Mar—, la lectura del texto se emprende, como es de suponer, con renovado interés. ¿Cuál es, entonces, el resultado de ella?

Antes de enfrentarnos a esta pregunta se hace indispensable un recorrido aunque sea somero por la obra, puesto que si desde las primeras líneas el lector permanece apesadado entre las redes del relato, al final lo invade una extraña —cuando no incómoda— sensación de desconcierto que no sabe muy bien a qué se debe y que lo hace comenzar todo de nuevo... Y así hasta tres veces.

La novela, de escasas 63 páginas que se dan vuelta volando, se configura sobre la base de dieciséis capítulos, también muy cortos y una suerte de epílogo final que, aunque no lleva título, constituye todo un salto hacia el presente por parte del narrador.

Este, que ha sido testigo y coprotagonista (bastante opacado, eso sí, por su compañera de avatares) de los hechos acaecidos durante su infancia y preadolescencia, se ve ahora, de golpe y porrazo, convertido en un adulto o, más bien, en un hombre castrado, sin proyecto vital alguno y cuyo ser camina a la deriva, como un madero comido por los recuerdos, flotando inútilmente en el pasado. Todo ello, por cierto, a causa de Carmen; Carmen y su oxidante presencia recubriendo para siempre toda posibilidad de existencia normal con la rojiza e indeleble pátina de ese amor que, con el tiempo, envolverá al narrador entre las cadenas de una castidad fatal. Se trata, desde luego, de saldar las cuentas a través de la única forma de expiación capaz de restablecer el equilibrio ético por el que, de un modo tan hipócrita, vela la figura antipática pero espléndidamente trazada de Tía Malva. “Sepulcro blanqueado” y “bruja” a la vez, ella se comporta con una univocidad psicológica aplastante, que calza a la perfección con esa suerte de maniqueísmo axiológico

del que se sirven los niños para calificar el mundo, y en éste, especialmente, a los adultos.

“La amé en picada, sin detenerme, porque detenerme en ese tiempo era de cobardes”, cuenta el narrador desde su actual perspectiva, rememorando los sentimientos que, todavía “en pañales”, despertó en él su media hermana Carmen. “La amé sin pararme a pensar en el horrible pecado que eso significaba”. El tema es, entonces, como en *Cien años de soledad*, el del incesto... Y los ecos de García Márquez resuenan también en otros ámbitos, como en el del tono general del relato, el uso de la metáfora hiperbólica pero casual, las elipsis conscientes de una prosa que, cuando quiere, se extiende en detalles insólitos y, sobre todo, en la concepción global de algunos personajes fundamentales para aprehender el sentido más profundo de la novela.

Entre éstos está por supuesto el tío Arsenio, loco buena persona e inofensivo que, si bien no vivió amarrado a un árbol como el personaje inolvidable de García Márquez, al menos estuvo condenado a dejar transcurrir su “vida” en un desván. Allí experimenta una y mil veces, con poética obsesión —al igual que Aureliano Buendía en *Cien años*— no ya con sus figuritas de caramelo, sino con las más prosaicas rumas de infinitas cajas de huevos. Tampoco se puede pasar por alto aquí la magnífica figura de la abuela, con sus rasgos apenas esbozados pero que se impone de la misma manera con que lo hace en la novela marquiiana Ursula Iguarán. Muy distinta a ésta en cuanto a proveniencia social y a su manera de desenvolverse en el mundo, algo tiene, sin embargo, de ella en lo referente a sus salidas extemporáneas pero geniales, llenas de humor, “macuquería”, independencia de juicio y juvenil deslenguamiento; ambas poseen, para decirlo de una vez, ese don encantador e infrecuente de atreverse a llamar a las cosas por su nombre.

Hasta aquí los paralelos y ese aire vago de una no tan diluida influencia. Porque, tomada en su totalidad, *Oxido de Carmen* poco o nada tiene que ver con la mencionada obra del colombiano.

En primer lugar, nada hay aquí de aquel mítico “eterno retorno”, pues los hilos de la historia se van desenrollando en forma lineal, con la excepción de un par de monólogos alusivos al presente, pero que aparecen separados por un paréntesis y, además, por comillas. Y en segundo lugar, la acción narrativa se enmarca exclusivamente dentro de la etapa de crecimiento del narrador, a partir de los motivos sustanciales del despertar de la sexualidad, el surgimiento del amor-pasión, el sentimiento de culpa y la expiación por medio del castigo.

Entre los motivos importantes, a un nivel secundario, está el del abandono: tío Pedro desaparece por el Parque Forestal, llevando para “nunca jamás” su distraído encanto; el padre se separa de la madre y ésta parte al poco tiempo “para siempre”, acarreado

con su equipaje de sonrisas, alegría, elegancia y don de gentes y dejando instalado al hijo, con su inmensa soledad a cuestas, en el laberíntico caserón de la abuela. Como espacio narrativo único, es aquí donde se produce también el desapego paulatino —primero obligado, pero al final irreversible— de Carmen, con la cual se escapa el sentido más hondo del misterio de la vida, la propia razón de ser del narrador, la risa compinche y dislocada y la permanente sensación de vértigo, de peligro, de vivir... al borde, “Carmen de cristal”, locura y muerte.

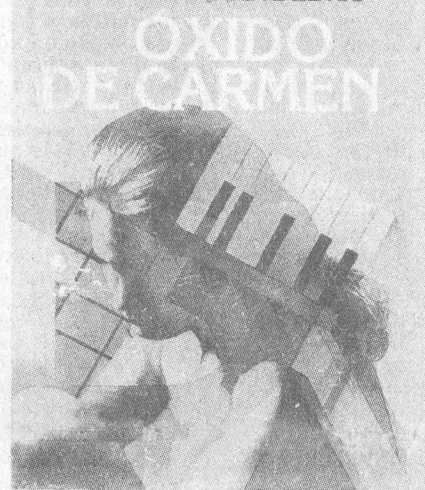
Mano a mano con lo anterior, se van entrelazando otros motores que impulsan el acontecer novelístico: la envidia y la poca hombría del primo —sarcásticamente llamado El Presidente de la República— y, en especial, la religión. Presencia opresiva, castradora y alienante, éste no cumple aquí un papel muy feliz bajo ninguna de las formas que asume. No sólo asfixia y encierra, sino de alguna manera aparece relacionada con esa amenaza muda, pero persistente que molesta a la familia desde la azotea de Ascanio: la locura, a la que se llega por la vía del escape, o bien, por la de la represión. Pero también puede accederse a ella por una ausencia de energía básica, como ésta que caracteriza una decadencia familiar incontenible y fatal.

De aquí deriva necesariamente esa pureza casi salvaje que marca el comportamiento sexual adolescente, aspecto muy bien tratado por la autora, cuya sensibilidad no elude enfrentar esta evidencia en todo lo que tiene de ímpetu vital, de fuerza salvadora, pero, a la vez, suicida, tratándose de una estirpe ya agotada en sí misma. Una fuerza no muy diferente se observa en la contrapartida generacional representada por la abuela, quien ejerce la autoridad con irónica, pero lúcida conciencia de su tiranía. Tras los abusos absolutistas que intentan restablecer un orden ahora perdido en sus dominios, se esconde algo así como una ancestral sabiduría, una especie de instinto de supervivencia que la lleva a colocar todas sus esperanzas en la nieta “guacha”, pero indomable en su fortaleza: Carmen. Es precisamente a causa de lo anterior que la abuela se encarga de castigar la “traición” sólo cuando ya no quedan resquicios para demostrar algún resto de conducta “inocente”, castigo que realiza sin ensuciarse las manos, como una reina que entrega al culpable a la discreción de un verdugo débil, vengativo y sediento de sangre. ¿Quién mejor que la Tía Malva para eso!

Como puede suponerse, la poesía se pasea libremente a lo largo del relato, que cuenta con una ambientación parca, pero muy bien lograda sobre la base de sus poquísimos aunque eficaces elementos, entre ellos, la anonadante riqueza de tantos gestos simples que resultan, a la postre, decisivos. Por cierto, la mayor parte de ellos corren por cuenta de la fascinante protagonista —mucho hay de “autobiográfico” en su personalidad—: la borrachera en la cocina mientras circulan los pavos para el santo de la abuela, las muñecas, cu-

EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Premio María Luisa Bombal 1986
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE VIÑA DEL MAR

ANA MARÍA DEL RÍO



vos miembros aparecen descuartizados en las aguas de la acequia, el salto liberador y definitivo hacia la lámpara de diez mil lágrimas (las mismas que no pudo llorar el narrador...). Fuera de eso, se detecta en el relato un descarnado espíritu de observación, directamente emanado del interior de la autora, cuyas prácticas en el arte de la “desfloración” (por la vía del sarcasmo, se entiende) parecieran obedecer a un viejo hábito.

Ahora bien, si mucho hay de tragedia en esta obra —baste traer a colación *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca— también se vislumbra en ella una buena dosis de humor que, repartido en cantidades bien calibradas, ayudan a aliviar la lectura, de otro modo, intolerable para muchos. Desde luego, todo esto obedece a una clara voluntad de estilo y a una desbordante energía creadora que, en ocasiones, pareciera controlar en exceso su propio lenguaje. Es así como, quizás por un laconismo algo despiadado, algunas líneas de la novela conducen a un punto ciego —qué ganas de saber algo más acerca de la madre de Carmen, por ejemplo, y de su relación con el padre de ambos niños!— que impiden a la autora amarrar todos y cada uno de los cabos de la acción. Se abandona, así, al gusto (o a la fantasía) del lector la resolución de algunas imprevistas que provocan, a fin de cuentas, ese inexplicable desconcierto a que aludíamos en un principio. Tal vez si se suprimiera el epílogo o se cambiara por un final menos ambiguo, más consistente en lo psicológico y más alejado de un simbolismo paranatural, la novela ganaría aún más puntos.